

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 11 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. pesetas 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

TOM. 649

DE ACTUALIDAD

PARA QUE CONSTE

Cada vez que por creerlo así de justicia, defendemos contra un ataque infundado, contra una inmotivada censura, los actos de una autoridad liberal, se pretende tachar de parcial é interesada nuestra defensa, suponiéndonos órganos de dicho partido, á cuyas expensas vive este periódico.

Aunque diferentes veces, ante inculpaciones semejantes, hemos rechazado tales especies, y explicado claramente nuestra significación en la prensa, parece ser que no se han dado por enterados nuestros adversarios: y es que no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Abrigamos la seguridad, de que por mucho que repitamos nuestras protestas, seguirán no oyéndonos, porque así conviene á los fines de los que emplean contra nosotros este argumento: pero poco nos importa que ellos no nos oigan, con tal de que nos oiga la opinión, en cuyos sentimientos y aspiraciones procuramos siempre inspirarnos.

EL CORREO DE LEVANTE no vive á expensas de partido alguno: vive á expensas de sus lectores, que tanto le favorecen, y entre los cuales figuran personas de muy distintas significaciones políticas y otras muchas que no comulgan en partido alguno.

Los liberales solo contribuyen á la existencia de este periódico, como el resto de sus abonados, con la peseta mensual de suscripción: no recibe ni admite subvenciones de nadie.

Cuando defendemos al gobernador ó al alcalde, ó á alguna entidad del partido, lo hacemos porque así lo creemos justo: puede influir algo dentro de la justicia, en nuestras defensas, el afecto, la simpatía personal? quizás sí: pero no estímulo alguno interesado, ni de subordinación, que coarte la independencia de nuestros juicios.

Para alguna autoridad liberal, por cuestiones de vigilancia, hemos tenido frases de censura, agravadas con el recuerdo de la excelente gestión de otras autoridades, pertenecientes al partido conservador: ¿es esto ser órganos de un partido? y vivir á expensas del mismo?

Falta por tanto á la verdad, quien diga que este periódico vive á expensas de ningún partido: vive á expensas de sus lectores, de sus anunciantes, de cuantos le favorecen con su concurso: y vive honradamente, con humildad pero con decoro, con el prestigio de su dignidad, sin realizar campañas de esas que hacen adivinar á todos el móvil interesado que las inspira y que hacen de un periódico objeto despreciable de vil tráfico.

PLUMAZOS

Unánime

La junta organizadora de los Juegos Florales de Cartagena, ha conseguido un verdadero triunfo, logrando que acepte el cargo de mantenedor de tan culta fiesta, el ilustre rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel Unánimo.

Unánimo, sabio escritor y orador elocuente, uno de los primeros cerebros y una de las primeras ilustraciones de la España intelectual, es figura nacional de tan altos prestigios, que su intervención en los Juegos Florales

les de Cartagena, basta ya á asegurar el éxito de los mismos.

Felicitemos á la junta organizadora, por la feliz elección que ha tenido, y nos prometemos no desperdiciar la ocasión, de escuchar voz tan autorizada de tan insigne maestro de la España nueva.

INSTANTANEAS

LO CURSI

El que no salga de aquí dentro de muy pocos días y no vaya por ahí á buscar las aguas frías,

los que tienen sociedad y exquisita educación, dicen, con seguridad, que es un pobre cursilón.

Hay que dejarse la casa y marcharse á Torreveja y quien no pueda, se pasa el verano en la Arboleja.

Todo menos no salir de la ciudad por un mes; porque eso suele vestir y es de tono, ¡si lo es!

Aunque recursos no haya y se tenga que empeñar: aunque se viva en la playa con un toldo por hogar,

ó cosa por el estilo; aunque no se coma nada y dejen sudando el kilo junto del agua salada.

Esto es lo *sic*, lo elegante; en los tiempos de calor si no eres veraneante no serás merecedor

del respeto de la gente de la buena sociedad; que no es persona decente quien se queda en la ciudad.

Ya hay mujer que está pensando la enfermedad que le aqueje y hasta se está ya ensayando porque el esposo la deje,

después de oído el consejo del médico de la casa: es el continuo bosquejo que todos los años pasa.

Ya se aumentan los nerviosos y reumas articulares y ya sufren los esposos la jaqueca en sus hogares.

Y á todo la medicina dá un remedio singular: quinina, mucha quinina ó ir á los baños del mar.

Y hay quien se asfixia y se abrasa y quien por todo apechuga y no sale de su casa, convirtiéndose en tortuga,

durante todo el verano sin asomar la cabeza... ¡que haya tanto ser humano que le humille la pobreza!

Plácido Bojer de Larra.

Mosen Jacinto Verdagner

Al mismo tiempo que el telégrafo confirma la triste noticia del fallecimiento del ilustre y desgraciado poeta catalán, que era una verdadera gloria nacional, llega á nosotros un notable artículo, referente á Mosen Jacinto, de nuestro ilustrado colaborador D. Aurelio Yanguas.

Inspirado dicho artículo en la condeción al autor de «L'Atlántida» de la gran cruz de Alfonso XII, no por haber muerto Verdagner pierde su oportunidad: antes por el contrario,

son muy del caso las amargas reflexiones de nuestro colaborador, cuyo bien escrito trabajo, que publicamos en homenaje al muerto ilustre, dice así:

Entre los agraciados con la gran cruz de Alfonso XII, esa condecoración recientemente creada, figura el ilustre poeta catalán mosen Jacinto Verdagner, que gravemente enfermo agoniza en Vallvidrera, donde le trasladaron algunos amigos, con la esperanza de librar su preciosa vida de las garras de la muerte.

¡Pobre Verdagner! El que sucumbe agobiado por el peso de aquellas cruces que colocaron sobre sus hombros la ingratitud y la perfidia, habrá de soportar el de la nueva que le adjudican ya en la cumbre del calvario de su existencia.

Las corrientes de simpatía que á favor del autor de «L'Atlántida», se despertaron á raíz de recibirse la noticia de su grave enfermedad, han determinado sin duda el recuerdo de su existencia en altas esferas y la resolución de condecorarle con esa gran cruz que obstentarán con orgullo los pechos ilustres.

Pero á mosen Jacinto debe haberle producido más pesadumbre que alegría la noticia de la distinción con que ha sido agraciado. El es humilde, cariñoso, bueno, resignado, grande *per sé*, y es claro que han de disgustarle ciertos atributos de la vanidad, á la que no rinde culto, porque en su alma purísima solo tienen albergue las virtudes.

El ejemplar sacerdote mosen Jacinto Verdagner vivía hace unos meses en Barcelona, habitando un cuarto piso de la calle de Aragón, del que apenas salía si no era á decir misa en la iglesia de Belén ó á ejercer la caridad con los desgraciados, entre los que repartía un *beneficio de cuatro duros mensuales* que el obispo Catalá le hizo la merced de otorgarle, cuando apaciguadas las iras de sus perseguidores se le dejó vivir fuera del manicomio, gracias al valor cívico de un ilustre médico, que realizando un acto de conciencia, declaró bajo su firma, que el autor de «Aires de Montseny» no estaba loco ni lo había estado nunca.

Escusado es decir que si el padre Verdagner no poseía otros elementos de vida que el producto de la misa y el *beneficio*, teniendo el arraigado vicio de la caridad, con tan escasos haberes había de morir de hambre.

Y esto es, ó poco menos, según mis noticias, lo que ha ocurrido; que debilitado su cuerpo por los ayunos, las abstinencias y las penas, se marchita y sucumbe, como delicado lirio, repleto de perfume, pero ahito de sol y falto de rocío.

Es cierto que al saberse en España que mosen Jacinto se moría, nuestra sociedad sintió remordimiento del abandono en que le tuvo; y que las listas puestas en el portal de su casa se llenaron de firmas diariamente; y que cuando se supo su deplorable situación económica, el ayuntamiento de Barcelona le hizo un donativo de unos cuantos miles de reales; y la Reina Regente otro de 3.000 pesetas; y que la prensa de todos los matices ha expresado sus simpatías é interés por el gran poeta.

Pero á mosen Jacinto debe de haberle producido amargura cuanto le han dado, y melancolía los elogios que en la prensa se le tributan; porque si unos le proporcionan socorros materiales y otros le queman incienso, nadie se ocupa de esclarecer el misterio en que permanecen envueltas las persecuciones de que fué víctima.

Todo el mundo dice que Verdagner ha sufrido tremendas persecuciones; todos reconocen las virtudes del sacerdote ejemplar y su esclarecido talento; pero nadie trata de inquirir por qué causa fué perseguido, ni de dar á sus perseguidores el castigo que se merecen.

¡Verdagner es bueno y sucumbe víctima de la perfidia de los malos! Pues hay que averiguar quienes han sido sus verdugos, y que perseguirlos y exterminarlos, para escarmiento de pícaros.

Mientras tal cosa no se haga, á pesar de que Verdagner agoniza con la mansedumbre del justo, perdonando á los que le ofendieron, á imitación de su Divino Maestro, es preciso que sienta terribles torturas su espíritu, cuando piense que sus contemporáneos pretenden restañar con una condecoración y algunas monedas la sangre que brota á torrentes de las heridas de su alma.

Abrese una información, para averiguar por qué fué destituido de su cargo, perseguido y acusado al fin de loco el ex-capellán de los marqueses de Comillas; y cuando en virtud de ella quede demostrada á la faz del mundo la honradez inmaculada de su alma y de su cuerpo, si está decretada su muerte, Verdagner morirá dichoso, perdonando á sus terribles y despiadados enemigos.

Aurelio Yanguas

UN CUENTO DIARIO

UN CORAZON

Era á principios de Junio, cuando los resplandores del sol despertaban las alegrías del verano sin abrumar todavía con sus estivales rigores. La regocijada pandilla estudiantil que formábamos rancho aparte entre los alumnos de anatomía, nos fuimos á las Ventas del Espíritu Santo á celebrar el primer sobresaliente que acababa de obtener en el examen uno de los amigos inseparables.

En el merendero estaban á nuestra llegada cinco modistillas que, según luego averiguamos, festejaban el santo de una de ellas; y como estaban bailando al compás del clásico piano de manubrio unas con otras, nos apresuramos á deshacer aquellas parejas unisexuales, alegando el consabido refrán de «pan con pan, comida de tontos.»

Recibióronnos con mil amores, y juntos pasamos aquella tarde en tan franca y fácil intimidad que al ponerse el sol nos tratábamos todos como antiguos amigos.

Me tocó en suerte bailar con una muchacha morenita clara, de pelo y ojos negros como el azabache, la naricilla un si es no es respingada y la boca como una fresa de encarnada y con un gestito mimoso que quitaba el sentido.

Era más alegre que unas castañuelas, y por la menor cosa se reía á carcajada tendida.

Simpatizamos «amor eterno». ¡No lo hacíamos más barato!

Desde aquella tarde iba yo á buscarla á la salida del obrador y la acompañaba hasta las inmediaciones de su casa, pues al llegar á la esquina de la calle me exigía que la dejara sola.

La chiquilla me gustaba más cada día y ella también parecía me que tomaba afecto; y así, burla burlando, comenzaba un idilio amoroso, cuando uno de mis amigos me dijo una noche que paseábamos solos:

—Vamos á ver; ¿á qué altura estás con Teresita?

—¿Por qué me lo preguntas con ese misterio?

—Hombre, porque el que más y el que menos de todos los amigos se ha arreglado ya con su prójima, y á mí me da el corazón que tú estás haciendo el «pipi» con esa chiquilla.

—¿Cómo el «pipi»?

—Sí, hombre, sí; te conozco y sé que eres capaz de tomarlo por lo romántico y andarte con platonismos de que se reirá todo el mundo que lo sepa.

Estaba yo en esa edad en que da más vengüenza que le supongan á uno cándido que canalla, y las palabras de mi amigo me produjeron gran sonrojo.

—No creas—me apresuré á decirle—que yo he dejado de estrechar el cerco de la plaza; pero no es la cosa tan fácil como te figuras, porque la chiquilla...

—¡Bah! Ahora va á resultar Teresita una virtud invencible—dijo riendo.

—Si la trataras de cerca—añadí—verías que toda esa alegría que parece propia de una locuela ligera de cascos, desaparece en cuanto me insinúo en cierto terreno.

—¿No lo dije? ¡Si te conozco! Pues chico, al vado ó á la puente. Si no entra por urvas no pierdas el tiempo en tonto. ¡Todo menos hacer el «pipi»!

Cuando me separé de mi amigo me daba ira que juzgase así nuestras relaciones; cuando me quedé solo en mi casa, comencé á dudar de si tendría razón, y al despertarme á la mañana siguiente di en pensar en sus palabras y repetía con gran convicción:

—Sí, sí, ¡todo menos hacer el «pipi»! ¡Pobre Teresa! ¡Qué ajena estaría de que las palabras de un amigo filósofo á los diez y siete años, me habían envenenado el cariño!

Redoblé el ataque, estreché el asedio: súplicas, amenazas, razonamientos de soez crueldad le hicieron llorar y desespararse; pero no cambiaron ni su modo de pensar, ni mi posición, para mí, desairadísima.

Le conté á mi amigo lo que ocurría, para sincerarme á sus ojos de mi condición de «pipi», y él me dijo:

—Pues, francamente, no lo comprendo; porque esa virtuosísima Lucrecia ha sido la querida de mi primo Octavio.

—¿Estás seguro de lo que me dices?—Como que me lo ha contado él mismo.—Ahora que viene á pelo te lo digo, para que veas lo que son las mujeres. Se conoce que te quiere pescar y emplea esa táctica.

La revelación me desgarró el alma, porque yo la quería; pero mi ira se sobrepuso á todo y aquella misma noche tuve la crueldad de decirselo en su cara.

No lloró, no se descompuso, y encarándose conmigo me dijo con una seriedad fría y altiva que nunca olvidaré:

—¿Tú lo crees?

—Sí—la contesté con cólera.

—¡Pues entonces no debes mirarme á la cara si tienes vergüenza!—Y se separó de mí para siempre.

Murió al poco tiempo mi padre y tuve que marchar á Granada, donde hube de continuar la carrera y donde después de terminarla comencé á ejercer mi profesión.

A los ocho años de ausencia de Madrid volví para hacer unas oposiciones y me encontré á mi amigo, que era médico del hospital general. Era especialista muy notable en enfermedades del corazón, y al contarle el objeto de mi viaje le rogué que me diese unas lecciones sobre su especialidad.

Desde luego se prestó á ello con el mayor gusto y me ofreció avisarme una de aquellas mañanas para que hicieramos juntos unos estudios anatómicos sobre el cadáver.

Así lo hizo, y lleno de interés concurrí á su cita.

—¿Qué suerte tienes—me dijo al verme;—tenemos un caso precioso—y me enseñó un corazón que tenía en sus manos.

Instintivamente miré á la mesa de disección donde yacía el cadáver, y no pude contener un grito.

—¿Qué te pasa!

—Mira—le dije,—¿no la conoces?

¡Es Teresa!

Miró mi amigo y me dijo:

—Tienes razón. No la había mirado la cara. ¡Qué casualidades tiene la vida!...

Examinamos el helado cadáver de aquella inteliz, y mi amigo tuvo que decirme pálido como la muerte:

—Reconozco que mi primo Octavio mantió como un canalla!

—No sigamos el estudio—le dije entonces;—respetemos este pobre corazón que tanto ha debido sufrir por nuestra culpa.

Y volviéndole á depositar en su pecho, besé con respetuoso amor la helada frente de aquella virgen.

Carlos Luis de Cuenca

